



DISCURS DEL PRESIDENT DURANT EL LLIURAMENT DEL PREMI BLANQUERNA A IÑAKI GABILONDO

Madrid, dilluns 18 d'octubre de 2010

Ante todo quiero agradecer su presencia en este acto, que reviste un significado muy especial para la Generalitat de Catalunya.

Celebramos, como se ha dicho, la décimo-séptima edición del Premi Blanquerna, instituido por la Generalitat con el fin de reconocer aportaciones singulares al desarrollo, la promoción, el conocimiento y la proyección de Catalunya. Especialmente en el resto de España. Se pretende señalar y distinguir a personalidades que conozcan, defiendan y difundan lo que Catalunya es, y lo que Catalunya aporta a la España y al mundo de hoy.

En las ediciones anteriores el galardón se concedió a otras tantas personalidades culturales, científicas, intelectuales y empresariales. Excepto en dos ocasiones: En 1999 se distinguió a la Residencia de Estudiantes y, de manera singular, en 2004, al Pueblo de Madrid por su extraordinaria reacción con motivo del atentado del 11-M. Al final de mi intervención me referiré a lo que estos dos premios me sugieren.

En la edición de 2010, el jurado ha estimado conveniente conceder el Premio a Iñaki Gabilondo.

Antes que nada quiero agradecerle sus palabras. Nos llegan, como siempre, llenas de sentido, sin más concesiones al protocolo que de las estrictamente necesarias, y llevando incorporada una exigencia de digestión lenta. Algo que constituye un privilegio en un mundo tan ahogado por el discurso basura. Gracias. De verdad.

No voy a insistir en el relato pormenorizado de la biografía de nuestro premiado. No creo que deba ni me corresponde. Y sería ridículo que pretendiera contarles algo que la mayoría de ustedes conoce tanto o mejor que yo.

Pero sí quiero hacer algunos comentarios, aún a riesgo de ser redundante, sobre algunas de las cualidades que el jurado ha apreciado en Iñaki Gabilondo, con alguna que otra reflexión sobre los medios y sobre algunos aspectos de su cometido, estos últimos años.

Digamos, de entrada, que cualquier reflexión sobre el periodismo español, debe partir de un reconocimiento sincero del rol jugado por los profesionales de la



información durante el tardo franquismo y la Transición. Un rol determinante en la consecución y la consolidación de la democracia y las libertades en España.

Para quienes vivimos aquel período, desde una posición de compromiso, aquel proceso de evolución política, social e institucional resulta incomprensible (porque sería difícilmente explicable) sin el periodismo y los periodistas.

Los medios de comunicación —a pesar de las dificultades de la censura y de los secuestros periódicos— se irguieron en verdaderas referencias para toda una generación. Prensa escrita, radio y televisión fueron espacios de libertad, ganados día a día.

Hoy, tras más de treinta años de democracia, aquellas libertades ganadas a pulso, y a golpe de crónica, reportaje o artículo se han consolidado, pero ello no disminuye la importancia de los medios.

Éstos se enfrentan a una nueva realidad, fruto de la globalización económica y la revolución digital, que les ha obligado a situarse en un nuevo escenario, pero de ningún modo a renunciar a su responsabilidad profesional ni a su función social, crítica y cívica.

Esta actitud es, precisamente, la que siempre ha caracterizado a Iñaki Gabilondo. Su palabra y su gesto se nos aparecen como un fino hilo rojo que da continuidad a la actualidad española de las últimas décadas.

Su trayectoria profesional, desarrollada a lo largo de casi medio siglo, en muy distintos formatos, programas y empresas, siempre se ha caracterizado por el rigor, la veracidad, la pasión por el oficio y una clara vocación de servicio.

En su quehacer periodístico, Iñaki Gabilondo se ha esforzado en recoger y reflejar la pluralidad de la realidad española; para contarnos como evolucionaba, y por dar la palabra a quien tuviera algo que decir.

Más partidario del pluralismo que devoto de la tolerancia, Gabilondo, como dice su amigo Ramoneda, sabe que *el pluralismo supone el reconocimiento de que todos tenemos derecho a la palabra, que nadie tiene el monopolio de lo que se puede decir.*

Sin renunciar a la crítica, pero sin caer en el insulto fácil ni en la provocación enervante y gratuita. Su compromiso cotidiano ha descollado en momentos concretos, reafirmando así su profesionalidad y su prestigio.

Estoy pensando, por ejemplo, en su decisivo papel en los servicios informativos de Televisión Española tras el intento de golpe de estado, o en los momentos más emblemáticos del proyecto olímpico de Barcelona.



Sus intervenciones con motivo de las grandes citas electorales, o en su entrega absoluta a contar lo que sucedía, más allá de su propia conmoción, durante el atentado del 11-M. A todos les ha dicho –nos ha dicho- cuatro verdades. *Verdades como puños*, como dice él mismo.

Siempre ha hablado con una franqueza y una claridad inusuales. Denunciando lo que consideraba injusto, aunque le comportase, en algunas ocasiones, la crítica, la enemistad e incluso la guerra abierta, de aquellos que se niegan a aceptar la fuerza de una voz independiente, fiel únicamente a su sentido de la profesión, a sus principios y convicciones.

Nunca se ha dejado arrastrar hacia la chabacanería o el insulto. Nunca ha escondido una mala noticia, pero no se regodea en ellas. Nunca esconde una noticia buena, sea quien sea el que la pueda capitalizar.

Sabe rectificar. Y lo hace en público. Lo hacía ya antes de ser sabio. Y lo es desde hace tiempo. Sin lugar a dudas.

El Premio Blanquerna también ha visto en Iñaki Gabilondo a alguien que siente y destila una atracción personal por Barcelona y por Catalunya.

Melómano confeso, ha sido y procura ser, cuando puede asiduo del Gran Teatro del Liceo. Amante de la buena mesa, se ha sentado cuando ha podido con Ferran Adrià. Tiene y mantiene buenas amistades en Catalunya.

Siempre ha sentido y mostrado respeto por la expresión del catalanismo político, por la forma de entender la catalanidad, por la reivindicación y el ejercicio del autogobierno. Y lo que ha sentido, lo ha contado a millones de oyentes y espectadores.

No siempre ha compartido la forma o las formas de nuestras reivindicaciones. Pero cuando ha surgido el disenso, ha apostado, por encima de todo, por el diálogo, la defensa de la pluralidad. Pluralidad lingüística, cultural, social y política de los pueblos de España. No vean en mis palabras un elogio forzado y menos aún interesado.

Tomemos, por ejemplo, su nota editorial del pasado 29 de junio, el día del fallo del Tribunal Constitucional sobre el Estatut. En ella muestra preocupación por los efectos de dicha sentencia en las relaciones España-Cataluña e insiste en su apuesta por reconstruir los puentes de diálogo.

Aquella noche, Iñaki Gabilondo dijo: “Cataluña y España se necesitan, y se necesitan estables y prósperas. Siempre nos ha llamado la atención el poco interés que tienen los centralistas más furibundos en seducir a la periferia. *A la política le corresponde restañar las heridas, pero hace tiempo que la política ya no se dedica a esas cosas*”.



Comparto este diagnóstico; aunque sé que, en su opinión crítica sobre el rol de la política y los políticos, hoy, más bien debería admitir que formo parte del problema. Pero ello no me impide aplaudir sus palabras ni me exime de la responsabilidad de ayudar a encontrar la solución.

Con Iñaki Gabilondo, meses atrás, tuve ocasión de mantener una conversación, sobre la deriva de las relaciones entre Catalunya y la España representada (que a veces más bien parece secuestrada) por el mundo político de Madrid. Fue una conversación franca que, junto con otras seis, se ha publicado recientemente.

En nuestro diálogo aparecieron a menudo conceptos que les sonarán, como *desafección, dificultad de encaje, anticatalanismo,...* Conceptos que, con connotaciones negativas, se ciernen sobre nuestro futuro, pero que nada, a priori, nos impide poder corregir.

La propia experiencia de la Transición y lo mucho andado en estos treinta y cinco años deberían ser asumidos como un poderoso antídoto contra un determinismo histórico demasiado cargado de pesimismo, aquí i allí.

Sin embargo, y ahí coincidíamos de nuevo, es necesario recuperar un mayor grado de compromiso cívico con los valores del reconocimiento, la convivencia, la democracia y las libertades.

Libertad, democracia, reconocimiento y convivencia: Son pilares de la compleja España de hoy que deberían ser defendidos, en primera línea, por la política y los políticos.

Los políticos, sí. Pero, a renglón seguido, creo que es necesario contar con el apoyo de los agentes sociales, los creadores de opinión y los medios de comunicación para que dichos pilares sean vistos como esenciales por toda la sociedad.

Decía al comienzo de mi intervención que, en dos ocasiones, el Premio Blanquerna había recaído en personalidades colectivas: La Residencia de Estudiantes y el Pueblo de Madrid. Ambos constituyen una imagen elocuente de algo en lo que vengo insistiendo desde hace tiempo: la necesidad de superar una etapa negativa alimentada con demasiados recelos, incluso con declarada animadversión por parte de algunos.

Y la urgencia por reconstruir puentes de diálogo que nunca deberían haberse dinamitado.



La Residencia de Estudiantes ha sido y es una institución ejemplar, por desgracia muy excepcional, en las relaciones entre Barcelona y Madrid y, por extensión entre Catalunya y España.

El mes pasado presentamos, en Barcelona, una magnífica exposición, que daba cuenta de un siglo de relación franca y fértil. El reconocimiento que hizo el Gobierno de Catalunya de la reacción serena y ejemplar del pueblo de Madrid, en 2004, constituyó una muestra de sincera admiración y un gesto de solidaridad fraterna.

Sobre lo que significan el diálogo académico, intelectual y científico por un lado, y el sentimiento de simpatía y cariño popular, se pueden edificar esos puentes que tanto echamos en falta, al menos algunos, yo desde luego.

Pero difícilmente podremos llegar, en intensidad y extensión, al objetivo que nos proponemos, sin incrementar nuestras alianzas. Este es otro de los objetivos del Blanquerna.

Iñaki Gabilondo, con su sensibilidad y su trayectoria personal y profesional ha ejercido de constructor crítico, inteligente y generoso del diálogo necesario. Esto ha sido lo que hoy, desde Cataluña, hemos querido reconocer y distinguir. Y por su puesto, agradecer.

Muchas gracias.